

TERCERA PARTE



I.

EL ruido de un tiroteo le sacó brusca-
mente de su sueño, y á pesar de las ins-
tancias de Rosanette, Federico, á la fuerza, qui-
so ir á ver lo que pasaba. Bajó los Campos Elí-
seos, de donde los tiros habían salido. En el án-
gulo de la calle San Honorato, algunos hombres
de blusa le detuvieron gritando:

—¡No, por ahí no, al Palacio Reall

Federico les siguió. Las verjas de la Asun-
ción estaban arrancadas. Más lejos vió tres bal-
dosas en medio de la vía, el principio de una
barricada, indudablemente; después cascos de
botellas y paquetes de alambre para dificultar el

paso de la caballería. De repente se adelantó de una callejuela un joven alto y pálido, cuyos cabellos negros flotaban sobre su espalda, cubierta con una especie de envoltura ó capa de lunares de color. Llevaba un fusil largo de soldado y corría sobre la punta de sus pantuflas, con todo el aire de un sonámbulo y listo como un tigre. De cuando en cuando se oía una detonación.

La víspera por la noche, el espectáculo del carromato que contenía cinco cadáveres recojidos entre los del bulevar de las Capuchinas había cambiado las disposiciones del pueblo; y mientras que en las Tullerías los ayudantes de campo se reemplazaban, y Molé, en los preliminares de formar nuevo Gabinete, no volvía, y Thiers procuraba constituir otro, y el Rey enredaba, vacilaba y daba luego á Bugeaud el mando general para impedir que se saliera de él, la insurrección como dirigida por un solo brazo, se organizaba formidablemente. Hombres de frenética elocuencia arengaban á la multitud en las esquinas de las calles; otros en las iglesias tocaban á rebato á todo vuelo; se derretía plomo, se hacían cartuchos; los árboles de los bulevares, las vespacianas, los bancos, las verjas, los faroles de gas, todo fué arrancado, destruído; París, por la mañana estaba cubierto de barricadas. La resistencia no duró; por todas partes se interpo-

nía la guardia nacional; de tal suerte que á las ocho, el pueblo, de buen grado ó por fuerza, poseía cinco cuarteles, casi todas las alcaldías, los puntos estratégicos más seguros. Por sí misma, sin sacudidas, la monarquía se fundía en una rápida disolución; en aquellos momentos se atacaba el puesto de Chateau-d'Eau, para libertar cincuenta prisioneros, que no estaban allí.

Federico se detuvo forzosamente á la entrada de la plaza. Llenábanla grupos armados. Algunas compañías de línea ocupaban las calles de Santo Tomás y Fromenteau. Una enorme barricada desembocaba en la calle de Valois. El humo que se balanceaba en sus alturas se entreabrió, asomando algunos hombres que corrían por encima con grandes gesticulaciones y que desaparecieron; después empezó el tiroteo de nuevo. El puesto respondía, sin que en su interior se viera á nadie; sus ventanas, defendidas por los postigos de encima, se hallaban agujereadas de troneras, y el monumento con sus dos pisos, sus dos alas, su fuente en el primero y su puertecilla en medio, empezaba á mostrar manchas blancas bajo el roce de las balas. Su escalera de tres peldaños estaba vacía.

Al lado de Federico un hombre con gorrogriego, y una cartuchera por encima del chaleco de tricot disputaba con una mujer que llevaba pañuelo á la cabeza, que le decía:

—Pero vente, vente.

—Déjame en paz—contestaba el marido.— Tú sola puedes cuidar de la portería. Ciudadano, yo te lo pregunto ¿tengo razón? He cumplido con mi deber en todas partes, el 1830, el 32, el 34, el 39. Hoy se bate la gente y es preciso que yo me bata. Vete.

Y la portera acabó por ceder á sus indicaciones y á las de un guardia nacional que estaba cerca de ellos, cuadragenario, cuya fisonomía bondadosa se hallaba adornada por un collar de barba rubia. Cargaba éste tal su arma y tiraba, hablando siempre con Federico, tan tranquilo en medio de la conmoción como un horticultor en su jardín. Un muchacho con una aspillería le engatusaba para que le diera cápsulas, á fin de utilizar su fusil, bonita carabina de caza que le había dado «su señor.»

—Cógelas de mi espalda—dijo el ciudadano—y lárgate, vas á conseguir que te maten.

Los tambores tocaban paso de carga. Agudos gritos, hurras de triunfo se oían. Un continuo remolino hacía oscilar á la muchedumbre. Federico, cogido entre dos masas profundas, no se meneaba, fascinado, además, y extremadamente entretenido. Los heridos que caían, los muertos tendidos, no tenían el aire de verdaderos heridos, de verdaderos muertos. Parecía asistir á un espectáculo.

En medio de la marejada, por encima de las cabezas, veíase á un anciano de negro, en un caballo blanco con silla de terciopelo. En una mano llevaba una rama verde, en la otra un papel, sacudiéndolos obstinadamente, hasta que desesperando al fin de hacerse entender, desapareció.

La tropa de línea había desaparecido y los municipales solos quedaban guardando el puesto. Una oleada de intrépidos se abalanzó á las gradas; arrojándose contra la puerta, vinieron otros después; la puerta quebrantada á los golpes de las barras de hierro, retumbaba; los municipales no cedían. Pero una calesa atestada de yerba seca y que ardía como gigante antorcha, fué arrastrada hasta los muros; trajéronse de prisa leños, paja y un barril de espíritu de vino. El fuego subía á lo largo de las piedras; el edificio empezó á bumear por todas partes como un cráter; y grandes llamas en lo alto, entre los baluastres de la terraza, se escapaban con estridente ruido. El primer piso del palacio real se había llenado de guardias nacionales; de todas las ventanas de la plaza se disparaba; silvaban las balas; el agua de la fuente rota se mezclaba con la sangre, y formaba charcos en el suelo; la gente resbalaba en el fango sobre los trajes, los chacós y las armas; Federico sintió algo blando debajo de sus piés; era la

mano de un sargento con capote gris, echado de cara contra el arroyo. Nuévas bandadas de pueblo llegaban incesantemente empujando á los combatientes contra el puesto. El tiroteo se hacía de más cerca; los comerciantes de vinos tenían abierto; á sus tiendas se iba de cuándo en cuándo á fumar una pipa, á beber una copa; y después se volvía á batirse. Un perro perdido aullaba, y eso hacía reir.

Federico se sintió movido por el choque de un hombre que, con un balazo en los riñones, cayó sobre su espalda agonizando. Ante aquel golpe, quizás dirigido contra él, se puso furioso, y al ir á precipitarse hácia adelante, un guardia nacional le detuvo.

—Es inútil; el rey se acaba de marchar; si no me creé usted... vaya usted á verlo.

Semejante afirmación calmó á Federico. La plaza de Carrousel presentaba un aspecto tranquilo. El Hotel de Nantes allí se alzaba siempre, como tomando á su cargo toda responsabilidad; y las casas por detrás, la cúpula del Louvre en frente, la larga galería de madera á la derecha, y el terreno baldío que ondulaba hasta las barracas de los efalagistas ó vendedores ambulantes aparecían como anegados en el color gris del aire, donde lejanos murmullos se confundían con la bruma; mientras que al otro extremo de la plaza, una luz cruda, que caía por una grieta

de las nubes sobre la fachada de las Tullerías, recortaba blanquecinamente todas sus ventanas. Cerca del Arco de Triunfo había un caballo tendido muerto. Detrás de las verjas, hablaban grupos de cinco á seis personas. Las puertas del palacio se abrieron, y los criados en el dintel, dejaban entrar á la gente.

Abajo, en una salita, se servían vols de café con leche. Algunos curiosos se sentaron junto á las mesas bromeando; otros permanecían de pié, y entre ellos un cochero de punto, que cogió con ambas manos un bote lleno de azúcar molida, dirigió una mirada inquieta á izquierda y derecha, y luego se puso á comer vorazmente, metiendo la nariz en el gollete. En lo más bajo de la escalera principal, un hombre escribía su nombre en un registro. Federico le reconoció por la espalda.

—¡Calla! ¡Hussonnet!

—Pues sí—respondió el bohemio.—Me introduzco en la corte. Buena broma ¿eh?

—Sí, subiremos.

Y llegaron á la sala de los Mariscales. Los retratos de aquellos ilustres, excepto el de Bugaud, agujereado en el vientre, estaban todos intactos. Veíanse apoyados en su espada, una cureña de cañón detrás, y en actitudes formidables conformes con las circunstancias. Un reló grande señalaba la una y veinte minutos.

De repente resonó la *Marsellesa*. Hussonnet y Federico se asomaron á la barandilla. Era el pueblo, que se precipitó por la escalera, sacudiendo, en oleadas vertiginosas, las cabezas desnudas, los cascos, los gorros encarnados, bayonetas y hombros, tan impetuosamente, que las gentes desaparecían en aquella masa hirviente que subía sin cesar, como un río golpeado por una marea de equinocio, con un largo mugido, bajo una impulsión irresistible. Arriba se esparció la gente y cesó el canto.

No se oía más que él pisar de los zapatos, y el cabrilleo del resonar de los gritos. La muchedumbre inofensiva se contentaba con mirar; pero de cuándo en cuándo, un codo que en demasiada estrechura rompía un cristal, ó un vaso, ó una estatua rodaba de una consola al suelo. Las maderas crugían al peso. Todas las caras estaban coloradas, y por ellas corrían gordas gotas de sudor. Hussonnet hizo la siguiente observación:

—Los héroes no huelen bien.

—Es usted provocativo—contestó Federico.

Y empujados á su pesar penetraron en una habitación, donde colgaba del techo un dosel de terciopelo encarnado. Debajo del trono estaba sentado un proletario de barba negra, con la camisa desabrochada, con el aire divertido y estúpido de un mono; algunos más su-

bían las gradas para sentarse en aquel sitio.

—¡Qué mitol! —dijo Hussonnet—Vea usted al pueblo soberano.

El sillón fué levantado en brazos y atravesó balanceando toda la sala.

—¡Pardiez, cómo se mueve! La nave del Estado está presa en un mar tempestuoso, y se balancea que es un gusto.

Lo habían acercado á una ventana, y en medio de silbidos lo tiraron.

—¡Pobre viejo! —dijo Hussonnet viéndole caer al jardín, de donde prontamente fué recogido para ser enseguida paseado hasta la Bastilla, y quemado.

Entonces estalló una frenética alegría, como si en sustitución del trono hubiera aparecido un porvenir de ilimitada dicha; y el pueblo, menos por venganza que para afirmar su posesión, rompió, destruyó los espejos y las colgaduras, las lámparas, los candelabros, las mesas, las sillas, los taburetes, todos los muebles, hasta los albums de dibujos, hasta las cestas de tapicería. Puesto que eran victoriosos, hacía falta que se divirtieran. La canalla se embozó irónicamente con encajes y cachemiras. Jacobalas de oro se arrollaban en las mangas de las blusas; sombreros con plumas de avestruz adornaban la cabeza de los herreros; cintas de la Legión de Honor sirvieron de cinturón á las prostitutas. Cada cual

satisfacía su capricho; unos bailaban, otros bebían. En el cuarto de la reina una mujer daba pomada á su pelo; detrás de un biombo dos aficionados jugaban á los naipes; Hussonnet señaló á Federico un individuo que fumaba su pipa con los codos apoyados en un balcón; y el delirio redoblaba sus ruidos continuos de porcelanas hechas pedazos, trozos de cristal que sonaban, al rebotar, como las tablillas de vidrio de una armónica.

Después el furor se convirtió en sombrero. Una curiosidad obscena hizo rebuscar todos los gabinetes, todos los rincones, abrir todos los cajones. Los galeotes hundieron sus brazos en la cama de las princesas, y se retorcan encima, consolándose de no poder atropellarlas. Otros, de más siniestras fisonomías andaban por allí silenciosamente, intentando robar algo; pero la multitud era demasiado numerosa. Por los huecos de las puertas, solo se veían en la hilera de las habitaciones la oscura masa del pueblo entre los dorados, envuelta en una nube de polvo. Todos los pechos jadeaban, el calor se hacía más y más sofocante; los dos amigos, temiendo ser ahogados, salieron.

En la antesala, de pie sobre un montón de vestidos, estaba una muchacha pública, como estatua de la Libertad, inmóvil, con los grandes ojos abiertos, espantosa.

Habían dado tres pasos fuera, cuando un pelotón de guardias municipales con sus capotes se adelantó hacia ellos, y retirando sus gorras policíacas, dejando al descubierto sus cráneos algo calvos, saludaron al pueblo profundamente. Ante aquel testimonio de respeto, los desarrapados vencedores se inflaron. Hussonnet y Federico no dejaron, tampoco ellos, de experimentar cierto placer.

El ardor les animaba. Volvieron al Palacio Real. Delante de la calle Fromenteau, se veían enterrados en la paja cadáveres de soldados. Pasaron cerca impasiblemente, sintiéndose hasta orgullosos de verlos con buen aspecto.

El Palacio se hallaba lleno de gente. En el patio interior ardían siete hogueras. Arrojábanse por las ventanas pianos, cómodos y relojes. Bombas de incendio lanzaban el agua hasta los tejados. Algunos foragidos trataban de cortar las mangas con sus sables. Federico invitó á un politécnico á que se interpusiera. El politécnico no comprendió, parecía, además, imbécil. Alrededor, en las dos galerías, el populacho, dueño de las bodegas, se entregaba á una horrible borrachera. El vino corría por arroyos, los *boyons* bebían en fondos de botella y vociferaban tambaleándose.

—Salgamos de aquí—dijo Hussonnet—este pueblo me disgusta.

Todo á lo largo de la galería de Orleans, ya-

cían por el suelo los heridos sobre colchones, sirviéndoles de mantas cortinas de púrpura, y vecinas del barrio les traían caldos, ropa.

—¡No importa!—dijo Federico—yo encuentro al pueblo sublime.

El gran vestíbulo estaba lleno de un torbellino de gentes furiosas; los hombres querían subir á los pisos superiores para acabar de destruirlo todo; los guardias nacionales en las escaleras se esforzaban por contenerlos. El más intrépido era un cazador, con la cabeza desnuda, el pelo de punta, el correaje destrozado. Su camisa se veía entre el pantalón y la levita, y se movía en medio de los demás con encarnizamiento.

Hussonnet, que tenía la vista penetrante, reconoció á Arnoux desde lejos.

Después se fueron al jardín de las Tullerías para respirar con más libertad. Sentáronse sobre un banco, y allí permanecieron algunos minutos con los ojos cerrados, de tal modo aturcidos, que no tenían fuerzas para hablar. Los transeúntes á su alrededor se juntaban. Lá duquesa de Orleans había sido nombrada regente; todo estaba concluído, y las gentes experimentaban esa especie de bienestar que sigue á los desenlaces rápidos, cuando en cada una de las bohardillas del Palacio aparecieron algunos criados desgarrando sus libreas, que arrojaban

al jardín en señal de abjuración. El pueblo les gritaba y ellos se retiraron.

La atención de Federico y de Hussonnet se distrajo con la vista de un gran mozo que andaba de prisa entre los árboles, con un fusil á la espalda; la cartuchera sujetándole á la cintura su marinera roja. Volvió la cabeza, y era Dussardier que se arrojó en sus brazos:

—¡Ah, qué felicidad, amigos míos!—y no pudo decir otra cosa, tanto era lo que palpitaba de alegría y de cansancio.

Hacia cuarenta y ocho horas que estaba de pié. Había trabajado en las barricadas del barrio Latino, se había batido en la calle Rambuteau, había salvado á tres dragones, había entrado en las Tullerías con la columna Dunoyer, se había trasladado después á la Cámara, y luego al Ayuntamiento.

—De allí vengo, ¡todo va bien, el pueblo triunfa! los obreros y la clase media se abrazan. ¡Ah! ¡si supierais lo que he visto! ¡qué gentes más valientes! ¡Qué hermoso es esto!

Y sin apercibirse de que no tenían armas, añadió:

—Muy seguro estaba de encontraros allí. ¡Aquello fué rudo un momento! ¡pero no importa!

Una gota de sangre le corría por las mejillas y á las preguntas de los otros, contestó:

—Nada; el rasguño de una bayoneta.

—Sin embargo, es preciso que se cuide usted.

—¡Bah! yo soy fuerte, ¿qué es esto? La República se ha proclamado; ahora seremos felices. Algunos periodistas que hace poco hablaban delante de mí, decían que se va á libertar la Polonia y la Italia. No más reyes ¿comprenden ustedes? ¡Toda la tierra libre, toda la tierra libre!

Y abrazando todo el horizonte de una sola mirada, separó sus brazos en actitud triunfante. Pero una larga hilería de hombres corrían por la terraza, á orillas del agua.

—Pardiez, se me olvidaba que los fuertes están ocupados. Es preciso que vaya allí, adiós.

Volvióse para gritarles blandiendo su fusil:

—¡Viva la República!

De las chimeneas del Palacio se escapaban enormes torbellinos de humo negro que arrojaban chispas. El repique de las campanas á lo lejos parecía como balidos asustados. A izquierda y derecha, por todas partes, los vencedores descargaban sus armas. Federico, aunque no fuese guerrero, sintió agolparse su sangre gala. El magnetismo de las muchedumbres entusiasmadas le había contagiado. Aspiraba voluptuosamente el aire tormentoso, lleno de los olores de la pólvora; y sin embargo, se estremecía á

los effuvios de un amor inmenso, de una ternura suprema y universal, como si el corazón de la humanidad entera hubiera palpitado en su pecho.

—Ya quizás será tiempo— dijo Hussonnet bostezando— de ir á instruir á las poblaciones.

Federico le siguió á su oficina de correspondencia, plaza de la Bolsa; y se puso á componer para el diario de Troyes una relación de los sucesos en estilo lírico, un verdadero trozo de mérito, que firmó. Después comieron juntos en una taberna. Hussonnet estaba pensativo; las excentricidades de la Revolución excedían las suyas.

Después del café, cuando fueron al Ayuntamiento para saber novedades, su natural truenesco se sobrepuso. Escalaba las barricadas como un gamo, y contestaba á los centinelas con frases patrióticas.

Oyeron, á la luz de las antorchas, proclamar el Gobierno provisional. Por fin, á media noche, Federico, destrozado de fatiga, volvió á su casa.

—Y bien— dijo á su criado mientras le desnudaba— ¿estás contento?

—Sí, señor, sin duda; pero no me satisface este pueblo en danza.

Al despertarse al día siguiente Federico pensó en Deslauriers, y corrió á su casa. El